

Recordar, compartir, aprender

Las Palmas de Gran Canaria

Modesta Ramírez Pérez, 76 años

Lucía Padilla Moros, 22 años

LA HISTORIA DE MODESTA

En el municipio de Ingenio, en la isla de Gran Canaria, se sitúa la historia de una mujer que vivió su juventud tras el corazón que la iluminaría el resto de su vida.

Una corta distancia separaba el hogar de Modesta Ramírez Pérez del de su futuro y único marido, Antonio. Ella cada día acudía a la vivienda vecina para aprender labores de costura junto a la que sería su suegra. De ese mismo lugar nacieron las primeras miradas quinceañeras, la complicidad en cada gesto y las tan esperadas invitaciones a los bailes de orquesta. Cada vez que era posible, el pantalón azul y la chaqueta blanca desvelaban el rumbo que Antonio tomaba para ir a visitar a Modesta a La Florida, la finca donde ella vivía junto a sus padres. Los ladridos persistentes de los perros de la calle, tras los que corría el cortejador, eran el aviso del reencuentro, de los breves momentos que podían compartir juntos y de las despedidas puntuales cuando se acercaba la noche.

Pero los instantes de frenesí se veían interrumpidos con la llegada de la zafra. Durante este periodo de tiempo, que duraba desde septiembre a mayo, el municipio recibía visitas de las islas vecinas. Cada vez que se acercaban estas fechas, ambos mantenían una relación frágil pero intensa en el fondo de sus corazones. Lo que para unos era encontrar un empleo necesario en una nueva isla, para Modesta se convertía en la pérdida momentánea de su tesoro, de su amado. A su corazón llegaban dagas puntiagudas, rumores de que su pretendiente tenía el don del coqueteo.

Era tiempo de soledad para Modesta, pero a pesar de todo, seguía siendo fiel a su corazón y de sus labios se formula una frase que nos deja constancia de ello: “Yo lo sentía, pero el amor podía más que yo”. No solo no permitía que nadie le perturbara sus más profundos sentimientos, sino que tampoco se dejaba llevar por los innumerables halagos que recibía constantemente. A esta apasionada mujer le seguían las miradas de los pretendientes que esperaban cada día su salida a la calle y admiraban su belleza. Pero todos sabían que sus sentimientos tenían dueño y que “ella tenía los ojos puestos en Antonio”.

Los malos tiempos no impidieron que sucediese lo que Modesta tanto ansiaba. Tal fue el empeño y la pasión, la paciencia, la espera y la esperanza, que a la edad de 20 años contrajo matrimonio con Antonio y al fin sus vidas se hicieron una. Un año después trajeron al mundo a su primera hija, a la que siguieron dos niñas más y el esperado varón como último. Comenzaba una vida dedicada exclusivamente a cuidar de sus hijos. A pesar de las adversidades, de las enfermedades de la época y de las penurias económicas, consiguió sacar adelante a su familia gracias a la bondad de su marido y a su propio empeño. Todo ello merecía la pena, porque era la vida que ella había decidido tener junto a la persona que amó siempre; él deslumbró su vida, era su razón de ser y siempre lo recordará con estas palabras: “Él daba vida y ayudaba a vivir”.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Modesta nos enseña que en la vida con paciencia y bondad se consigue lo que uno desea. No debemos renunciar a nuestras ambiciones si son las que nos hacen felices. Aunque le haya costado mucho esfuerzo luchar por su marido o por sus hijos, se siente orgullosa de cada paso que dio en el pasado y de haber formado una familia que hoy en día sigue acompañándola y creando sus mejores recuerdos.

